

LA PARADOJA DE LA CONEXIÓN

POR MARIA BEJER DE USTARAN DE ARGENTINA

La otra cara de la luna

Hará un año descubrí una aplicación que contabiliza las horas que pasas utilizando el celular y qué aplicación usas con más frecuencia. Me la descargué por curiosidad y me llevé una gran sorpresa: había pasado 5 horas y 32 minutos de mi día abducida por la luminosa pantalla de mi smartphone.

Obviamente, todo ese tiempo no lo dedicaba exclusivamente a las redes sociales, pero es dolorosamente cierto que había dedicado tres horas y media de mi jornada en ver historias de Instagram y enviar memes por grupos de WhatsApp.

Me cuestioné unas cuantas cosas. En primer lugar, tomé conciencia de la cantidad de veces que me había dicho a mí misma “no tengo tiempo”. Después me pregunté acerca de la utilidad de esas horas dedicadas a Instagram y a WhatsApp, ¿había aprendido algo? ¿había obtenido una cuota de genuina felicidad? Por último, y esto fue lo más sorprendente y frustrante, caí en la cuenta de que había desarrollado una adicción sin ni siquiera notarlo.

Me puse a investigar.

Estamos de acuerdo en que Internet ha marcado un antes y un después en la historia de la humanidad. Se trata de un invento revolucionario que cambió no solo la forma en que nos comunicamos, sino también la forma en que nos relacionamos, en que aprendemos y en que nos informamos. Democratizó la producción y la circulación de la información y dinamizó la comunicación extendiendo su alcance y posibilidades hasta cotas antes insospechadas. Su peculiaridad es que, en principio, “no tiene dueño”, es decir que es de todos y a la vez es de nadie. Nosotros, los usuarios, lo dotamos de contenido y actualizamos la información que circula como la savia por sus “venas”. Todo esto convierte a internet en un instrumento formidable de progreso cultural, económico, social y político.

Están a la vista los numerosos e irrefutables beneficios que internet y las redes sociales proveen al conjunto de la sociedad a una escala planetaria, respondiendo siempre a esa necesidad congénita de la criatura humana en tanto ser gregario de relacionarse e intercambiar información con sus semejantes.

Sin embargo, como ocurre con la luna, a esa cara de luz conformada por sus impactantes posibilidades y logros en los ámbitos económico, cultural, político, científico, institucional, o social, se opone acaso como su inevitable complemento, una inquietante cara de sombra que incide en las conductas, los hábitos y la salud de sus usuarios.

Un panorama en crecimiento constante de síndromes, trastornos, adicciones y enfermedades provocados por el uso de las nuevas tecnologías preocupa y ocupa a los responsables de estamentos sanitarios, no solo por sus síntomas ya evidentes e inocultables, sino por las previsibles consecuencias futuras que incidirán en la salud pública y también en los costes económicos de su financiación.

La pregunta que procede formularnos es ¿Qué nos lleva a abusar del celular hasta al punto de convertirlo en una extensión o en una prótesis de nuestro cuerpo? Sin ir más lejos, probablemente vos, lector, mientras concentras tu interés en este ensayo mantengas el celular al alcance de tu mano.

En mayor o menor medida todos tenemos algún tipo de dependencia que responde a conexiones neurobiológicas. Nuestro sistema de recompensa permite que asociemos ciertas situaciones a una sensación de placer que se activa cuando ingresamos a la llamada “zona de confort”. En el caso que nos ocupa ahora, es tan amplia la conectividad que posibilitan las nuevas tecnologías que el circuito de recompensa se activa muy por encima de los niveles “saludables”, y esa anomalía facilita la adquisición de una relación de uso dependiente y adictiva.

Los expertos proponen como solución razonable moderar el uso de estas tecnologías, pero ¿cómo lograrlo cuando detrás de todas las aplicaciones hay neurólogos, psicólogos y expertos en comunicación estudiando cómo atraer nuestra atención y usufructuar nuestras vulnerabilidades para mantenernos enganchados en dirección a sus objetivos?

Parece pertinente preguntarse a quién le resulta funcional una sociedad hiperconectada y permanentemente entretenida, vulnerable a los peligrosos mecanismos de manipulación política y/o consumista articulados en la trastienda por los titiriteros de las redes sociales.

El ejemplo de Facebook es muy ilustrativo. Esta aplicación reúne ingentes cantidades de datos de sus casi 2.900 millones de usuarios. Gracias al acceso a esa descomunal cantidad de información, Facebook puede ser considerada como una fabulosa empresa de marketing que realiza sondeos y encuestas de forma permanente que le permiten elaborar mensajes individualizados. Lo importante es que quien acceda a esa información podrá establecer patrones y correlaciones, dispondrá de una herramienta muy poderosa con la cual influir.

Sin embargo, el juego no termina en la obtención de información de los usuarios sino que se emplea como herramienta para deslegitimar al otro convirtiendo a las redes sociales en un espacio donde proliferan las fake news, la desinformación y la propaganda malintencionada utilizadas para polarizar y manipular a los ciudadanos.

Retomando, entonces, la afirmación que realicé en el primer párrafo: ¿Se democratizó verdaderamente la información cuando la que nos llega es sesgada y direccionada? ¿Somos “todos dueños” de la red o, casi sin darnos cuenta, nos estamos convirtiendo en esclavos de quienes en realidad manejan y manipulan toda esa información en función de sus intereses?

Para otros casos, como el alcohol, las drogas, los alimentos o la complejidad del tránsito automotor, son numerosas las estrategias de educación, las campañas de concientización y prevención, la sanción de leyes y una amplia panoplia de recursos que la sociedad y el poder político han puesto en funcionamiento para regular su uso y moderar sus efectos indeseados sobre el bien común. Sin embargo, en el campo de las TICS es muy poco lo efectivamente regulado y legislado. Aquí es cuando me detengo y me pregunto: ¿Serán éstos algunos de los efectos colaterales que estamos obligados a asumir como peaje en el camino hacia el “progreso”?